



El padre lleva a Haru a la estación del ferrocarril. Le ha explicado dónde debe bajar y el trayecto que tiene que hacer a pie hasta la escuela. No esperará a que salga el tren. Ya en el andén, le da la maleta que él mismo ha cargado hasta allí, hace una reverencia estricta y dice, es lo que quiere tu madre. Se va.

Haru se queda inmóvil hasta que la figura del padre desaparece. Después, sube al tren, que enseguida se pone en marcha.

Es lo que quiere mi madre, repite en voz baja, una madre que muere puede querer esta clase de cosas, asegura, pero es más bien una pregunta. Tienen voluntad, los muertos. Y también es una pregunta.

Haru llega al dojo sola, cansada después del viaje en tren y del largo camino de tierra que separa la ciudad de la escuela, desconcertada por la vida que le espera, enfadada por la vida que ha tenido que dejar.

Le asignan un dormitorio, que no le gusta, ropa, que le parece áspera, y un arco con seis flechas, por los que no siente ni el mínimo interés.

Tampoco siente demasiado interés por sus compañeros. Los mira de arriba abajo mientras la maestra Kazuko, la más importante de las tres autoridades del centro, le da la

bienvenida acompañada por la maestra Mitsu y el maestro Sho.

Se trata de cuatro chicos y tres chicas. Haru no tiene ganas de que nadie le caiga bien ni de caerle bien a nadie.

Están reunidos en la sala principal; los alumnos sentados en el suelo, en semicírculo. Habla Kazuko, que está junto a Haru. La tiene cogida por los hombros, un gesto que a Haru más bien le molesta, rechaza el contacto físico, ¿por qué la gente piensa que tocarse es bueno?

Fuyuku es corpulento; incluso sentado se ve que es más alto que los demás. Tiene las cejas espesas y la boca grande. Va rapado al cero. La mira un momento, el tiempo suficiente para que Haru decida que es un chulo.

A su lado está Itachi, bajo, redondo, de cabellos grasientos y uñas mordidas; las gafas colocadas en la punta de la nariz. Haru no es capaz de discernir si es tonto o muy listo.

A continuación, Shizuka y Natsu. La primera es una chica muy delgada, elegante, lleva un largo flequillo que le tapa un ojo; la enfoca con el que le queda a la vista y le dirige un gesto de bienvenida con una mano, fina y casi rosada, de tan blanca. La otra chica, Natsu, es gordita e insólitamente pelirroja; le regala una sonrisa abierta de dientes pequeños y muy blancos.

Después le presentan a Kimitake, esbelto y rígido, quieto como una estatua, con una larga melena negra, suelta, que le llega hasta el suelo, por debajo de la cintura; inclina la cabeza de un modo casi imperceptible para saludarla.

Llega el turno de Yasunari, de mirada algo bizca. Haru piensa que le recuerda mucho a alguien, pero su memoria no lo localiza. Le causa gracia la cola de caballo, dema-

siado corta, que lleva en medio de la cabeza atada con un coiletero de color azul cielo que contrasta con la oscuridad de su cabello. Es ella quien se adelanta y le sonríe; el muchacho responde con una reverencia que le mueve la cola adelante y atrás.

El semicírculo queda cerrado por Takara, facciones angulosas, atlética, alta y de cabellos muy cortos; a Haru le da la sensación de que sus ojos desprenden un mensaje contradictorio, una mezcla entre la fuerza y la debilidad, un lugar imposible entre cara y cruz.

Acabadas las presentaciones, Kazuko pide a la maestra Mitsu que acompañe a los alumnos hasta la biblioteca para celebrar la primera clase de caligrafía. Ella y el maestro Sho se encargarán de preparar el material.

De camino hacia all , Natsu se coloca junto a Haru y le dice que cuente con ella para lo que necesite, y también le comenta que ha llegado tres días antes, yo a esto del dojo no le encuentro ninguna gracia, dice, mis padres me han obligado a venir con la intención de que aprenda disciplina y deje de ser lo que ellos llaman una niña malcriada, pero es una pérdida de tiempo, porque en cuanto vuelva a poner un pie en casa ellos serán los primeros en comportarse como de costumbre, la gente no cambia, solo cambian las circunstancias.

Haru no rompe su silencio, se pregunta por qué aquella chica tiene tan claro que volver  a casa, también se pregunta si es cierto eso de que la gente no cambia; lo que le gustará preguntarse, sin embargo, es si su padre se arrepentirá de haberla echado y le permitirá abandonar aquel sitio y regresar junto a él. La madre le diría, nadie te ha expulsado,

Haru, no se puede echar a alguien que tiene el deber de irse. Su madre siempre hablaba con frases cortas, con frases que podrían haberse escrito de un solo trazo: dejaba caer el sonido en el aire como el pincel en el papel.

Mientras Haru piensa, Natsu sigue, te sorprenderá que sea pelirroja, claro, todo el mundo se queda perplejo, sí, Natsu se ríe con ganas, tres pájaros del jardín de en medio levantan el vuelo asustados por los gritos; parece que mi tatarabuelo, que era marino, se enamoró de una mujer rusa en uno de sus viajes y que la trajo hasta aquí escondida en la bodega de un barco; cuando el capitán la descubrió ya era demasiado tarde, no se atrevió a tirarla al mar, mi tatarabuela tuvo suerte. Haru observa las piedras que pisa, siente la brisa fresca, ve de refilón el perfil de Takara, las manos de Yasunari, la larga melena de Kimitake, seguido de cerca por la ligera Shizuka, el volumen de Fuyuku, que proyecta una gran sombra, oye la tos nerviosa de Itachi. Pero nadie está muy seguro de esta historia, ¿sabes?, porque mi tatarabuelo era muy discreto, el mar vuelve callada a la gente, y por cierto, tú pareces de mar; ríe Natsu, sonrío Haru, ya han llegado a la biblioteca.

D
O
S



El dojo se encuentra en la cima de una montaña. Solo a vista de pájaro se puede ver entero. De pájaro o de dios. Es extenso y está diseñado como si se tratara de una diana. Dos círculos concéntricos separados en cuartos por cuatro caminos equidistantes en forma de cruz y, en medio, un jardín con la sala de meditación, circular. En este jardín central, amplio y luminoso, hay un pequeño estanque lleno de peces y de nenúfares, diversos árboles frutales y una cantidad de flores de una variedad sorprendente. A este espacio dan las habitaciones de los tres maestros, el comedor común y la sala de reuniones. Toda la construcción es de madera.

El círculo interior está separado del siguiente por un jardín que lo rodea y que da al segundo aro, donde se encuentran las habitaciones de los ocho alumnos, la biblioteca, los baños, la cocina y el espacio donde guardan toda clase de materiales. Alrededor de este último anillo, los huertos con que se alimenta la comunidad y que cuidan los habitantes del dojo, es decir, maestros y alumnos.

Los cuatro caminos que dividen en porciones idénticas los dos círculos son estrechos y silenciosos, bordeados por plantas aromáticas.

El del Oeste conduce a la zona en la que practican el tiro

con arco, las disciplinas al aire libre y las artes marciales. Les queda a medio kilómetro escaso.

Al Este hay un bosque, a un kilómetro y medio. Allí mismo se encuentra el lago al que van a bañarse cuando hace calor.

Un poco más allá está la población que les procura algunos suministros, como papel, cera, hilo, sal, servicio de correos o atención médica.

El camino del Norte lleva a la ciudad de la que sale el tren que comunica aquella tierra apartada con el resto del país. Es la estación a la que llegan los alumnos y a la que regresan para marcharse. Les queda lejos, a veinte kilómetros, y lo recorren a pie cuando tienen un buen motivo, es decir, llegar o irse.

Al Sur hay un risco impresionante que, en días de viento, transmite las canciones secretas de la montaña.

El dojo es un lugar pacífico. El tiempo pasa por la luz, el espacio no tiene límite. La disciplina de todos sus habitantes crea una armonía sincronizada que suena al unísono. El gong de los cuencos a la salida del sol, el sonido de las flechas rasgando el aire cada mañana durante la práctica de tiro, el roce de los kimonos con cada gesto de las formas del taichí, los cantos antes de la meditación, los mantras al atardecer, las palas hundiéndose en la tierra los días que dedican al huerto, las tijeras cuando se encargan de podar plantas o árboles. Y el canto y el vuelo de las aves. Y el movimiento de las hojas. La lluvia contra los tejados. La brisa que balancea los móviles de bambú que cuelgan de distintos puntos y que comunican la fuerza con que llega el viento, cuánto durará, de qué color teñirá las nubes al anochecer.

Todos los alumnos, que por una razón u otra provienen de situaciones dolorosas, del ruido por dentro o por fuera, encuentran poco a poco un lugar en el que desplegar la paz encerrada en la parte más profunda de sus corazones. Algunos no lo soportan, y huyen. Otros toleran la travesía hasta el momento de irse. Algunos se quedan para siempre.

Los maestros ejercen de guías. Observan desde lejos, pero también de cerca. Intentan mostrar, en vez de explicar. Pedir y no exigir. Preguntar antes que responder. El camino del tiro con arco puede parecer, desde fuera, destinado a hacer coincidir la punta de una flecha con el centro de una diana pasando por la fuerza de una cuerda, pero es, como todas las disciplinas sagradas, un camino para hacer coincidir la flecha de los pensamientos con la diana de los actos, pasando por la cuerda de las palabras.



T
R
E
S



Haru ha permanecido silenciosa y se ha limitado a observar sin extraer conclusiones; ha asistido a las diferentes actividades obligatorias de cada jornada. No ha hecho preguntas, no ha dado explicaciones. Se ha pasado el tiempo deseando volver a casa, seguir con lo que consideraba su destino. Y eso es lo que quiere decirle a Kazuko en la reunión que la maestra celebra para escuchar a los alumnos, uno por uno, durante la última semana del segundo mes de estancia en el dojo.

La sala, de veinte tatamis, impresiona por su gran dimensión, sí, pero también por un olor y un silencio vegetales. Situada en medio del jardín, en el centro exacto del dojo, a Haru le causa la sensación de que pertenece a otro mundo, un mundo en el que solo pesan los pasos y las miradas.

La maestra Kazuko la espera sentada en loto; el kimono azul le dibuja con detalle la figura delgada y fuerte. Haru se descalza, hace una reverencia, entra, se arrodilla ante la maestra, a unos cuantos pasos, e inclina la cabeza hasta casi tocar el suelo, como tantas veces ha visto que hacían los alumnos de sus padres. Puesto que no cierra los ojos, ve la madera gastada a unos milímetros y piensa que la proximidad absoluta hace que desaparezca la realidad.

—Llevas aquí siete semanas —le dice la maestra.

Lo sé de sobras, piensa Haru.

—Sé que lo sabes —responde la maestra a su pensamiento—, quiero recordarte que el tiempo pasa de la misma manera para todos los que creen en su existencia, pero solo los que sufren lo perciben. ¿Puedes decirme qué te atormenta?

Haru duda; ¿no existe el tiempo?; mantiene la vista fija en el suelo; nota que Kazuko la mira y la espera. Por fin responde:

—Este no es mi destino, maestra, yo no debería estar aquí.

Kazuko inicia un lento movimiento para levantarse. Sabe de la dificultad de la mayoría de los alumnos para adaptarse a las nuevas circunstancias: alejados de su casa, deben pasar cinco años de estudios y de trabajos, una vida austera y retirada. Esforzada. Son los elegidos, pero se sienten incómodos en su piel. Allá en el fondo de la mente puede, si así lo procura, encontrar rastro de su rechazo, casi cuarenta años atrás, cuando, huérfana de padre y madre, fue puesta en manos del Gran Genkei.

Haru oye las siguientes palabras:

—Tendrías que saber que nuestro destino no es el que creemos sino más bien lo que se nos cruza en el camino cuando nos desviamos por razones impensadas. No vengas a clase de taichí, ahora. Quédate a reflexionar. Mañana a la misma hora me responderás a la misma pregunta.

Haru sabe que Kazuko se va hacia la puerta, pero por mucho que se esfuerza no consigue oír sus pasos. Al cabo de unos segundos levanta la cabeza, comprueba que no hay nadie más en la sala. Las reuniones han acabado. Respira

hondo y se tumba boca arriba con las piernas y los brazos abiertos. Mira el techo; recorre la estructura de las vigas de madera. ¿Qué le habrán dicho los demás a la maestra? Haru tiene claro que al día siguiente a la misma hora dará idéntica respuesta, este no es mi destino, yo no debería estar aquí. No soporta la calma que le han enseñado sus mayores. La vida no puede ser observación y aceptación. Kazuko le recuerda a sus padres. Y a los abuelos. Gente mayor, susurra mientras se levanta. Ya ha reflexionado bastante. Cuando está a punto de salir, entra Natsu.

—¿Qué haces aquí? —quiere saber Haru.

—El maestro Sho me ha enviado para que me tranquilice, dice que con esta impaciencia no puedo hacer taichí, ¿y tú?

—Me ha dejado aquí la maestra Kazuko para que reflexione sobre lo que le he dicho.

—¿Y qué le has dicho?

—Que este no es mi destino, que yo no debería estar aquí.

—Tiene gracia —contesta Natsu mientras chupa la punta de un mechón de sus cabellos rojos.

—¿Por qué dices que tiene gracia?

—Porque, que yo sepa, eso mismo es lo que le hemos dicho al menos cinco de nosotros.

—¿En serio? ¿Quiénes?

Natsu la mira y pregunta:

—¿Quieres adivinar?

Haru piensa con los ojos cerrados:

—Yo diría que aparte de ti y de mí, Kimitake, Shizuka y Fuyuku.

Entonces Natsu le dice:

—Si llegas a ser así de precisa con el arco serás un verdadero espectáculo.

—¿Por qué crees que ninguno de nosotros acepta que este es su destino? —pregunta Haru mientras caminan por el jardín, al lado del estanque.

—Mira estos peces —pide Natsu—, ¿crees que están conformes?

—Ni lo están ni no lo están —observa Haru—, ¿qué tiene que ver?

—Nada —comenta Natsu—, es que de pronto he pensado que solo podemos ser lo que somos si no nos miramos desde fuera.

Haru mira a Natsu:

—No te has quedado a tranquilizarte —la acusa.

Ríen.